

## LA POLÍTICA INTERNACIONAL DURANTE LOS MESES DE MAYO-JUNIO DE 1959

### 3.ª CONFERENCIA DE GINEBRA.

El día 11 de mayo se abrió puntualmente la Conferencia de Ministros de Asuntos Exteriores. Prescindiendo de otras preparaciones anteriores, los planes o puntos de partida de ambas partes habían quedado precisados en las reuniones preparatorias de París y de Varsovia. Más explícitos los soviéticos y rodeados de un aparente secreto los occidentales, se conocían con gran detalle por el mundo los planes que unos y otros iban a presentar. Igualmente, nadie ignoraba los objetivos que por los dos opuestos sectores se buscaban. Moscú quiere decididamente consolidar la división de Alemania, forzar a Occidente a reconocer la existencia de la Alemania del Este y eliminar la presencia occidental en el enclave berlinés. El mundo occidental busca ante todo la reunificación del país germano e insiste en presentar, con buena lógica, estrechamente vinculados las tres cuestiones mayores de la paz europea: reunificación, seguridad europea y Berlín.

Seis semanas ha durado esta singular batalla dialéctica, para concluir casi con el mes de junio en completo fracaso. Los Ministros se han querido separar con un "hasta luego", acordando abrir la segunda parte de la Conferencia el 13 de julio, como si estimaran necesario concederse una cura de reposo antes de reanudar unas negociaciones viciadas en su mismo origen. Una cosa, sin embargo, parece abrir una puerta a la esperanza: por los dos lados se conserva la suficiente energía o clarividencia para reconocer la necesidad de negociar.

Hacemos caso omiso de las pintorescas deliberaciones acerca de la forma de la mesa de la conferencia y de la colocación de los representantes de las dos Alemanias, aunque bueno será recordar que son expresivas del clima en que la Conferencia se ha desarrollado. Los occidentales fueron los primeros en exponer su plan. El 14 de mayo, el secretario de Estado, Herter, dió lectura, en nombre de las potencias occidentales, a un "plan global" para la solución de los problemas comprendidos en el orden del día. La característica fundamental del mismo era la de presentar conjuntamente los tres grandes problemas antes aludidos. Se procede a una auténtica sistematización, mediante un desarrollo en cuatro fases, cada una de las cuales comprende las medidas necesarias para pasar a la fase inmediata siguiente. Por eso, en el preámbulo del documento se advierte que "las medidas contempladas están estrechamente unidas entre sí y, por tanto, las actuales propuestas deben ser consideradas como un todo indivisibles". En efecto, en cada fase se señala un cierto número de medidas para la reunificación—comprendiendo la cuestión de Berlín—y la seguridad europea, que de este modo encuentran un adecuado y paralelo desarrollo, hasta llegar a la fase final en la que se contempla la formación de un solo Gobierno para toda Alemania y el referendo por parte de todos los Estados miembros de las Naciones Unidas que estuvieron en guerra con Alemania de la solución definitiva del problema. Un plan de esta naturaleza, que bien puede calificarse de "sistematización lógica", venía a ser reaparición del proyecto presentado por los occidentales en octubre de 1955 y rechazado por la Unión Soviética. Pero no se trataba de una mera repetición, y precisamente para salir al paso de la objeción de que las potencias occidentales permanecían inflexiblemente atascadas en fórmulas ya presentadas y eliminadas por la parte contraria,

publicaron éstos el 15 de mayo un importante documento poniendo de relieve las modificaciones introducidas en el plan presente con relación al de 1955. Este documento es, pues, de gran interés porque permite conocer aquellos puntos en que los occidentales han ofrecido una posibilidad de acercamiento para tantear la capacidad real de negociar con Moscú. Por lo que atañe a la reunificación, los occidentales siguen insistiendo en considerar la celebración de elecciones libres como un elemento esencial para la terminación de la división germana, pero no se requiere que las elecciones se celebren en la fase inicial, sino en un momento más adelantado del proceso unificador y contando además con un acuerdo previo a tal efecto entre los representantes de las dos Alemanias, fórmula, por cierto, que ya había sido adelantada en cierto modo por el fallecido secretario de Estado, Foster Dulles. En ese proceso unificador se concede ahora una importancia destacada a la creación de un Comité pangermano, la que da la medida del esfuerzo conciliador occidental en la misma proporción en que esto implica un reconocimiento de la existencia "de facto" del Gobierno de Pankow.

Por lo que se refiere a la seguridad europea, también los occidentales hacen ver en el citado documento la importancia de aquellas medidas que en el nuevo plan se proponen disminuir, el recelo soviético frente a la futura Alemania reunificada.

Pero, como se ha puesto repetidamente de manifiesto, el más grave reparo que la Unión Soviética puede oponer a esta sistematización del problema es precisamente el de que conduce inexorablemente a la reunificación de Alemania, siendo así que su propósito es impedir tal reunificación. Lo que Moscú quiere es que la Alemania del Este devore y asimile la Alemania federal, lo mismo que quiere devorar la totalidad de Berlín. La reunificación implica la desaparición del Gobierno satélite de Pankow y, claro está, que tal cosa no es aceptable de ninguna manera por Moscú. Nada de extraño, por tanto, que el 15 de mayo Gromiko rechazase el plan occidental e insistiese, sin más, en las propuestas soviéticas contenidas en las Notas de su Gobierno del 10 de enero y el 2 de marzo, que se concretaban en la exigencia de que fuera concluido un Tratado de Paz con los dos Estados alemanes existentes.

A partir de este momento, y después del paréntesis brevísimo abierto por la muerte de Foster Dulles, la Conferencia ginebrina pasó a convertirse en una discusión en torno a Berlín. Discusión en la que el margen de elasticidad era muy reducido por simples razones de prestigio: ni los occidentales podían ceder en su firme posición de mantener los derechos que les asisten para permanecer en la antigua capital germana, ni los soviéticos volverse atrás de las promesas que radiaron en su ultimátum del 27 de noviembre.

El 26 de mayo, Herter sometió a la Conferencia un plan occidental para Berlín, que fué rechazado por Gromiko el 30. Pese a la firmeza que el secretario de Estado quiso mostrar en cuanto a mantener los derechos occidentales en la capital berlinesa, se pudo apreciar una vez más el deseo de intentar un acercamiento por el camino de concesiones parciales ya utilizado otras veces. Así, el reconocimiento implícito de que sin la aproximación o acuerdo de las dos Alemanias no se puede llegar a una reunificación. Por su parte, el ministro soviético, en nueva intervención el día 2 de junio, se abstuvo de poner en duda por una vez la legitimidad de la presencia de los occidentales en Berlín, aunque insistiese en la pérdida de validez de los acuerdos en que esa presencia se basa por efecto del cambio de las circunstancias con el tiempo.

En el curso de las semanas segunda y tercera de junio continuó un penoso forcejeo entre ambas partes, conscientes de que la Conferencia no podía prolongarse en cuanto que ningún paso sustancial podía darse en el limitado objetivo de la cuestión berlinesa, pero consciente también de la mesa redonda llevando tras sí la responsabilidad de haber cerrado todos los caminos a la negociación. Cuando ya se aproximaba el fin, el Gobierno soviético presentó nuevas propuestas: las fuerzas occidentales podrían mantenerse todavía durante un año en Berlín, si bien reducidas a un mero símbolo, se crearía un Comité mixto de las dos Alemanias con la misión de trabajar durante ese año en las propuestas de reunificación y en el Tratado de paz, y en el Berlín Oeste deberían cesar todas las actividades de propaganda o espionaje, además de renunciar los occidentales a la instalación de bases de proyectiles o de depósitos atómicos.

Pero aunque los occidentales estén predisuestos favorablemente a hacer aquellas

concesiones que puedan implicar una tregua en la tensión de la guerra psicológica, difícilmente se inclinarán ante lo que tiene el carácter de un ultimátum encubierto, y esto por obvias razones. Por lo que su respuesta rechazó el propósito soviético de poner límites de tiempo a su presencia en Berlín.

Sin posibilidad de encontrar una base común de diálogo llegó el día 20 de junio, en el que se puso fin a esta primera parte de la Conferencia. Inmediatamente después de la dispersión se ha especulado mucho en un intento de balance de una Conferencia tan laboriosamente preparada. Los pesimistas han puesto de manifiesto cómo los hechos vienen a darles la razón, cayendo en un escepticismo integral respecto a cualquier forma de negociación entre Este y Oeste. Los optimistas quieren deducir de esta o la otra concesión la impresión de que las conversaciones han permitido un alivio de la situación. Pero en política la valoración justa es siempre la que descansa en la realidad, y lo real en política es invariablemente el cuadro de posibilidades que permite una situación dada. Con arreglo a esto, lo único que en pocas palabras cabe decir es que la consideración aislada del problema de Berlín no es posible porque no es un problema con entidad propia. Su planteamiento no es correcto, sino como parte del problema más general de la reunificación alemana, el cual, por otra parte, es insoluble en tanto no se altere el planteamiento dado a la cuestión europea por una y otra parte. Preconizar fases previas y la creación de órganos paugermanos a nada conduce si no es a la consolidación de la división y, a la larga, si los propósitos soviéticos prosperan, a una paulatina aproximación de la Alemania occidental a la Alemania oriental. Lo que sí se puede afirmar como certísimo es que la presencia y consiguiente reconocimiento "de facto" de la Alemania de Pankow se ha reforzado con el último episodio ginebrino. Y tal consecuencia no está precisamente en la línea de la política occidental, sobre todo de Washington y de Bonn.

#### LA MUERTE DE JOHN FOSTER DULLES.

El día 24 de mayo, víctima de una cruel enfermedad, falleció el ex secretario de Estado norteamericano, John Foster Dulles. Desde hacía días su fin se consideraba inminente y cuando éste llegó su desaparición ha producido la emoción que sólo suscitan las grandes figuras. Luchador incansable, político tenaz, hábil polemista, conocedor extraordinario de la presente situación mundial, Foster Dulles ha sido uno de los artífices del espíritu defensivo occidental y por lo mismo fué blanco predilecto de los ataques soviéticos. Al margen de las críticas, que incluso en su propio país provocó su criterio rígido, opuesto a las fáciles concesiones, no parece posible negarle un puesto destacado entre los que más han contribuído a la paz mundial. Cuando, vencido por la enfermedad, hubo de abandonar su puesto de jefe de la Secretaría de Estado, parecía que no era sólo el hombre Foster Dulles el que desaparecía de la escena política, sino también la política por él firmemente defendida. La prolongación del *statu quo* europeo y la hábil diplomacia soviética han llevado a los ánimos de muchos la impresión de que era necesario un nuevo planteamiento para ir a una situación más dinámica, generadora de nuevas posibilidades. En ese nuevo planteamiento se abandonaban criterios que habían sido firmes al enfocar la cuestión alemana. Y cuando la Conferencia de Ginebra se aproximaba las miradas se concentraban en el sucesor de Foster Dulles, en cuyo hacer político se esperaba conocer el contenido del *new look* de Washington. Sin la experiencia adquirida por Foster Dulles en el diálogo polémico con los soviéticos, era difícil prever el rumbo que podía tomar una política más flexible, a la que no faltaban preconizadores en el propio campo occidental. Pero el desarrollo de las negociaciones a que antes nos hemos referido parece reforzar la impresión de que el mundo occidental no está dispuesto a abandonar la firmeza y la capacidad de resistencia frente a las insidias soviéticas, que constituye, sin duda, la herencia del paso de Foster Dulles por la Secretaría de Estado. El fallecido político sabía bien, e hizo de ello uno de los postulados de su trabajo en favor de la paz, que en la misma medida en que se hacen concesiones a Moscú se está en peligro de caer en sus redes, que concesión en las más de las veces quiere decir debilitamiento. Y la experiencia suministrada por Ginebra parece corroborar que, sin perjuicio de intentar nuevos planteamientos que permitan salir del actual estancamiento,

## FERNANDO MURILLO RUBIERA

puesto que el tiempo no pasa en balde, sólo en la firmeza se encontrará la vía para mantener negociaciones que alejen el estallido de una nueva guerra.

### LA RENUNCIA DE ADENAUER.

Alemania ha sido el tema central durante los meses de mayo y junio, y esto no sólo por obra de la Conferencia de Ginebra, en la que el verdadero protagonista era Alemania, sino también por las polémicas suscitadas en torno a la cambiante actitud de Adenauer frente al problema doble de la elección presidencial y la designación de nuevo canciller. Después de haber decidido, hace dos meses, aceptar la candidatura a la Presidencia, el anciano canciller ha cambiado espectacularmente de criterio, y el 4 de junio comunicó al grupo parlamentario cristiano-demócrata su nueva decisión de retirar su candidatura. La actitud de Adenauer ha venido así a complicar aún más sus relaciones, no fáciles desde hace meses, con un grueso sector del partido que encabeza. No cabe duda que Adenauer ha entrado en una fase nueva como jefe del Gobierno, y en consecuencia el fondo de este asunto tiene muy complejas motivaciones: unas de política interior y otras de política exterior. Posiblemente una de las razones que han movido al canciller a volver de su anterior decisión ha sido la convicción de que desde la Presidencia de la República no le sería fácil entregarse a una labor de dirigismo político y que, por tanto, la suerte de Alemania se escaparía de sus manos. Esto ocurriría de dos formas: de una parte, porque su propio partido no se ha manifestado favorablemente a aceptar la interpretación que Adenauer quería dar a la función presidencial una vez que hubiera sido elevado a la primera magistratura del país; de otro, porque las posibilidades de imponer su candidato preferido para la Cancillería, Eitel, han disminuido en la misma proporción en que el grupo cristiano-demócrata se ha sentido inclinado en repetidas ocasiones a pronunciarse favorablemente con respecto a Erhard.

La cuestión ha degenerado en una abierta oposición entre el canciller y ese valioso colaborador económico, Erhard, una de las personas que, sin duda, goza de mayor prestigio en la opinión alemana, y aun mundial. En este caso no sólo operan las razones de antipatía o reserva entre ambos políticos, sino la forma brusca y espectacular con que Adenauer ha revisado su postura anterior, en momento en que su ministro de Economía estaba en los Estados Unidos en visita oficial.

El 9 de junio regresaba Erhard precipitadamente a Bonn e inmediatamente después de su llegada a la capital federal tenía lugar su esperado encuentro con el canciller. Las informaciones facilitadas hablaron de reconciliación, pero es indudable que el partido cristiano-demócrata atraviesa una crisis importante que trasciende de las meras diferencias personales entre sus dos más destacadas figuras. La valoración de esta crisis y de sus consecuencias, tanto para la política alemana como para la política europea, podrá hacerse una vez que se haya realizado la elección del sucesor de Heuss.

### EL CONGRESO ATLÁNTICO DE LONDRES.

Se ha celebrado los días 5 a 10 de junio y su convocatoria ha tomado motivo de la celebración del X Aniversario de la Organización. La presencia de la reina Isabel, que pronunció un breve discurso en la sesión de apertura, y la asistencia de varios centenares de personalidades políticas dieron un especial realce al Congreso.

Los trabajos del mismo se han desarrollado por medio de la constitución de cuatro comisiones y de numerosas subcomisiones. En ellas se procedió a discutir una serie de importantes cuestiones, tales como las relaciones políticas y económicas con el bloque soviético, las relaciones entre el mundo atlántico y el mundo libre no perteneciente a la Organización y, en fin, los problemas institucionales de la alianza.

La impresión general, apoyada en el contenido de los informes de cada una de las Comisiones que fueron llevados para su examen a las sesiones plenarias y en el informe final, es de que este Congreso atlántico ha servido en gran medida para facilitar un cambio de puntos de vista espontáneo, muy necesarios para aclarar las

divergencias de criterio u orientación existentes y que, naturalmente, se han manifestado en el curso de los debates en la capital británica.

En el momento presente las dificultades de mayor relieve con que se enfrenta la Organización son las generadas por la oposición en que se encuentra el Gobierno francés con la O. T. A. N., en especial con los Estados Unidos y la Gran Bretaña, a la que ya aludimos en nuestra crónica anterior. La O. T. A. N. ha expresado a principios de junio su intención de retirar del territorio francés los cazabombarderos americanos como consecuencia de no haberse llegado a un acuerdo con Francia y la Organización en la cuestión de los depósitos de bombas atómicas en suelo francés.

El 4 de junio, con ocasión de la apertura de un debate sobre Argelia, en la Asamblea Nacional, el primer ministro galo, Debré, ha precisado la posición de su Gobierno en los siguientes puntos: solidaridad occidental en cuanto a los problemas norteafricanos, constitución de un sistema occidental de elaboraciones y decisiones políticas y estratégicas a escala mundial; comunicación a Francia de las informaciones relativas a la producción de armas atómicas y veto por Francia sobre el empleo de proyectiles nucleares americanos constituidos en depósito.

Estas reclamaciones francesas, a excepción de la primera, han sido rechazadas anteriormente por la O. T. A. N. y de aquí la tensión existente y la reticencia francesa, alimentada además por la hostilidad de la Gran Bretaña y los Estados Unidos a las pretensiones del Gobierno De Gaulle a hacer ingresar a Francia en el club atómico.

Esto representa, en verdad, una crisis evidente de la alianza, que no ha podido ser solucionada ni en la reunión del Consejo atlántico celebrada en Washington en el pasado abril, ni en ésta de ahora celebrada en Londres. La gravedad de esta crisis reside en lo que tiene de exponente de falta de unidad entre los más caracterizados aliados. Cuando es cada vez más clara la conciencia de que es necesario potenciar esa unión entre los occidentales, demostrando que la O. T. A. N. no se limita al marco estrictamente militar, resulta evidente que ni en ese marco militar es posible hablar de una identidad básica de ideas.

#### EL VIAJE DE KRUSCHEV A ALBANIA.

Tanto por el momento internacional que ha sido escogido para llevarlo a cabo, como por su duración, la visita del jefe del Gobierno soviético a Albania ha llamado poderosamente la atención. Resulta perfectamente claro que una visita de este género, iniciada el día 25 de mayo cuando la Conferencia de Ginebra entraba definitivamente en barrena, no puede ser interpretada dentro de los límites en que se desenvuelven las relaciones entre la U. R. S. S. y sus satélites. No es que carezca de significado en ese aspecto concreto, pues sabido es cómo Krushev gusta de realizar frecuentes viajes a los países comunistas, acompañado de todo el aparato de propaganda necesario para destacar la solidaridad del bloque capitaneado por Moscú. Pero en la actual situación es bastante evidente que la prolongada presencia del dirigente soviético en Tirana ha tenido un alcance mucho mayor. Obedece en rigor a lo que podrían llamarse las preocupaciones mediterráneo-balcánicas de la U. R. S. S.

La instalación de rampas de lanzamiento en los países mediterráneos miembros de la O. T. A. N. ha provocado una inmediata reacción de la política de Moscú. Las admoniciones dirigidas a Italia, Turquía y Grecia, lo mismo que las que en su día fueron dirigidas a países de la Europa septentrional, revelan la molestia que a la U. R. S. S. produce ver montadas en países tan próximos instalaciones de proyectiles de alto grado destructivo. Desde Tirana, Krushev ha reanudado sus ataques, diríamos que asomado al balcón que sobre el Mediterráneo se ha reservado la Unión Soviética. El pequeño país adriático, fidelísimo seguidor de las consignas soviéticas contra los revisionistas, tiene fama de ser un arsenal de armas navales, especialmente submarinas, y es, además, una cuña que hiere directamente uno de los extremos del arco defensivo atlántico. La ofensiva admonitoria a que nos referimos tiene, lanzada desde allí, una mayor eficacia persuasiva y por eso Krushev no ha encontrado dificultad en permanecer geográficamente tan alejado de Moscú en los días en que en Ginebra se discutía sobre Berlín y en que precisamente se cumplía la fecha amenazante del 27 de mayo.

## FERNANDO MURILLO RUBIERA

Pero, además, la presencia del jefe soviético en Albania debe ser puesta en relación con el despliegue de una operación política mediterránea que debe ser seguida con atención. Nos referimos al propósito indudable de salir al paso de ciertos proyectos unionistas mediterráneos surgidos en el campo antisoviético, mediante la re-actualización de anteriores iniciativas comunistas. Cuando hace dos años el primer ministro de Rumania lanzó la idea de crear una zona desmilitarizada en los Balcanes, la Unión Soviética sostuvo tal iniciativa, por supuesto nacida en Moscú, aunque propagada desde Bucarest, con la convicción de que de prosperar se había apuntado un tanto importante en su objetivo de debilitar la defensa occidental del Mediterráneo oriental. El plan Stoica fué rechazado en su día por Grecia y Turquía. No es presumible que la U. R. S. S. abrigue esperanzas de tener más éxito ahora volviendo sobre un proyecto carente de novedad, pero la política soviética, como algunos ríos, traza extraños meandros, y en esta cuestión de los Balcanes la atención de Moscú no deja de estar nunca puesta sobre Yugoslavia. La Unión Soviética está interesada en que prospere su proyecto de crear una zona desnuclearizada en los Balcanes y busca el apoyo de Belgrado, pero al propio tiempo quiere también un acercamiento con Yugoslavia en virtud de consideraciones de política internacional general. No en vano el viaje de Krushev a Albania ha ido acompañado de mensajes, declaraciones y comunicados, de una estudiada cortesía hacia el Gobierno de Belgrado.

La presión comunista sobre los Balcanes se hace patente ahora que se registra una evidente aproximación entre Grecia y Turquía, de la que ha sido exponente la visita a Ankara y Estambul de los políticos griegos Caramanlis y Averoff los días 7 al 12 de mayo.

FERNANDO MURILLO RUBIERA.